

munion del amor existe siempre; el nombre de todos los seres que he conocido, que he amado y que me han amado, pasó de mis labios sobre la losa del Santo Sepulcro. Solo despues oré por mí; mi oracion fué ardiente y grave; pedí verdad y valor delante de la sepultura del que mas verdad reveló al mundo, y murió con mas valor por aquella verdad de la que Dios le habia hecho el Verbo: siempre me acordaré de las palabras que murmuré en aquella hora de crisis para mi vida moral. Aca-so mi plegaria fué atendida: una gran luz de razon y de conviccion se derramó en mi inteligencia y separó mas claramente el dia de la noche, los errores de las verdades: hay momentos en que los pensamientos del hombre, largo tiempo vagos y dudosos, flotantes como las olas sin cauce, acaban por llegar á una playa donde se estrellan y vuelven sobre sí mismos con formas nuevas y una corriente contraria á la que los impulsó hasta entonces; aquel fué para mí uno de estos momentos: el que sondea los pensamientos y los corazones lo sabe y tal vez lo comprenderé yo mismo algun dia. Aquel fué un misterio en mi vida, que se revelará con el tiempo.

La misma fecha.

Al salir de la iglesia del Santo Sepulcro, seguimos la via dolorosa, de la que M. de Chateaubriand ha dado un itinerario tan poético. Nada hay en ella que hiera la mente, nada que pueda probarse; nada verosimil;—solo se ven en ella construcciones modernas que los frailes dan á los peregrinos por incontestables vestigios de las varias paradas de Cristo. No siquiera puede quedar una duda, y toda confianza en aquellas tradiciones locales queda destruida de antemano por la historia de los primeros años del cristianismo, en que Jerusalem no conservó piedra sobre piedra, en que los cristianos fueron luego desterrados de la ciudad por muchos años. Jerusalem, á escepcion de sus piscinas y de las sepulturas de los reyes, no conserva ningun monumento de ninguna de aquellas grandes épocas; algunos puntos son solamente reconocibles, como el solar del templo, dibujado por sus terrados, y donde se alza hoy la inmensa y hermosa mezquita de Omar-el-Sakara; el monte de Sion ocupado por el convento de los armenios y la sepultura de David, aun todavia es muy difícil determinar con certeza estos puntos. Salvo las tapias de los terrados sobre el valle de Josafat, nin-

guna piedra manifiesta su fecha en su forma y en su color; todo es polvo ó todo es moderno. La mente vaga incierta por el horizonte de la ciudad, sin saber donde posarse; pero la ciudad toda entera, dibujada por la colina circunscrita que la sostiene, por los diferentes valles que la circundan, y sobre todo por el profundo valle del Cedron, es un monumento en que no puede engañarse la vista; allí seguramente estaba situada Sion,—estraño y desgraciado asiento para la capital de un gran pueblo;—es mas bien la fortaleza natural de un pequeño pueblo, arrojado de la tierra, y refugiándose con su templo en un suelo que nadie tiene intereses en disputarle,—sobre rocas que ningun camino puede hacer accesibles, en valles sin agua, en clima áspero y estéril; sin mas horizonte que las montañas calcinadas por el fuego interno de los volcanes, las montañas de Arabia y de Jericó, y un mar corrupto, sin playas y sin navegacion: ¡el mar Muerto!

Tal es la Judea, tal es la patria de ese pueblo cuyo destino es estar proscrito en todas las épocas de su historia, y á quien las naciones han disputado hasta esa capital de sus proscripciones, colocada, como un nido de águila en la cima de ese grupo de montañas; y sin embargo, aquel pueblo llevaba consigo la grande idea de la unidad de Dios, y lo que habia de verdad en esta idea elemental

bastaba para separarle de los otros pueblos, y para hacerle mirar con orgullo sus proscripciones, y con confianza sus doctrinas providenciales.

La misma fecha.

Despues de haber recorrido los diferentes barrios de esta ciudad, todos tan desnudos, tan miserables, tan desmantelados como los que atravesamos al entrar, bajamos por el lado de la famosa mezquita que ocupa el solar del templo de Salomon. El gobernador de Jerusalem tiene su serrallo en un edificio contiguo á las tapias y á los jardines de la mezquita. Fuimos á hacerle una visita de gratitud. El patio del serrallo estaba rodeado de calabozos enrejados, donde vimos algunas caras de bandidos de Jericó y de Samaria, que aguardaban su libertad ó el sable del bajá. Ginetes tendidos al pié de sus caballos, jeques del desierto y árabes de Naplusa estaban agrupados aquí y allí en las escaleras ó bajo los sotechados aguardando la hora del divan. El gobernador, al saber nuestra llegada, nos envió su hijo para decirnos que subiéramos: este, mozo de unos treinta años, es el mas hermoso de los árabes, y acaso de los hombres que he visto en mi vida:—la fuerza, la gracia, la inteligencia y la dulzura están mez-

cladas y como fundidas, con tal armonía en sus facciones, y brillan á la vez en su ojo azul con una evidencia tan activa, que todos quedamos atónitos á su aspecto.

Es un samaritano; el gobernador de Jerusalem, su padre, es el árabe mas poderoso de Naplusa. Perseguido por Abdalla, bajá de Acre, y muchas veces en guerra con él, durante el dominio de los turcos, habia tenido que refugiarse, con su familia, en las montañas al otro lado del mar Muerto; la victoria de Ibrahim-Bajá sobre Abdalla le habia permitido volver á su patria, en la que encontró de nuevo sus riquezas y su influencia; echó del pais á sus enemigos, y el bajá de Egipto para suplir la influencia de sus tropas egipcias en Judea, le confió el gobierno de Samaria y de Jerusalem. No tenia mas tropas que algunos centenares de ginetes de su tribu, con ayuda de los cuales conserva el orden y el dominio de Ibrahim, sobre todas las poblaciones circunvecinas. Entramos en el divan, gran sala sin mas ornato que algunas alfombras sobre esteras, pipas y tazas de café por el suelo. El gobernador, rodeado de un gran número de esclavos, de árabes armados y de algunos secretarios de rodillas, escribiendo sobre sus manos; estaba ocupado en administrar justicia y despachar sus órdenes. Levantóse al acercarnos y nos salió al encuentro; hizo quitar del divan las

alfombras, espuestas á comunicar la peste, y les hizo sustituir esteras de Egipto que no la pegan. Sentámonos y nos presentaron las pipas y el café: mi dragoman le hizo en mi nombre los cumplimientos de costumbre, y yo mismo le dí las gracias por todos los cuidados que se habia servido tomarse por unos estrangeros, que como nosotros, visitasen sin peligro los lugares consagrados por su religion. Respondió con amable sonrisa que no hacia en ello mas que cumplir su deber; que los amigos de Ibrahim eran sus amigos, que respodia del último pelo de sus cabezas; que estaba pronto, no solo á hacer por mí lo que habia hecho, mas tambien á salir en persona con sus tropas, si yo se lo mandaba; y á acompañarme á donde quiera que ó mi curiosidad ó mi religion me inspirasen deseo de ir, en los límites de su gobierno; que tal era la orden del bajá. En seguida se informó de nosotros, de las noticias de la guerra y de la parte que las potencias de Europa tomaban por la fortuna de Ibrahim. Respondíle de un modo que satisfizo sus secretos pensamientos; que la Europa admiraba en Ibrahim-Bajá un conquistador civilizador; que, bajo este concepto, se interesaba por sus victorias; que ya era tiempo de que el Oriente participase de los beneficios de una administracion mejor; que el bajá de Egipto era el misionero armado de la civilizacion europea en Arabia; que su valor y la táctica que habia tomado de nosotros, le daban la seguridad d

vencer al gran-visir, que segun todas las apariencias, alcanzaria allí una gran victoria y marcharia sobre Consiantinopla; que no entraria en ella, porque los europeos no se lo permitirian aún; pero que ajustaria la paz con su mediacion, y conservaria la Arabia y la Siria en soberanía permanente. Esto era lo que le importaba al antiguo rebelde de Naplusa; bebia con los ojos mis palabras, y su hijo y sus amigos inclinaban sus cabezas sobre la mia para no perder una sola sílaba de aquella conversacion, que era para ellos el agüero de una larga y pacífica dominacion en Samaria. Cuando ví al gobernador tan bien dispuesto, le manifesté el deseo, no de entrar en la mezquita de Omar, pues sabia yo que semejante paso hubiera sido contrario á las costumbres del pais, sino de contemplarla por fuera.

Si vd. lo esige, me respondió, todo se le abrirá; pero me espondria á irritar profundamente á los musulmanes de la ciudad: todavía son muy ignorantes:—creen que la presencia de un cristiano en el recinto de la mezquita, les haria correr graves peligros, porque hay una profecía que dice: que todo lo que un cristiano pidiese à Dios en el interior de El-Sakara, lo obtendria,—y no les cabe duda de que un cristiano pediria la ruina de la religion del profeta y el esterminio de los musulmanes.

Yo por mí, añadió, no creo palabra de eso: todos los hombres son hermanos, aunque adoran, cada uno en su lengua, al Padre comun, que nada da á los unos á espensas de los otros; hace brillar su sol sobre los adoradores de todos los profetas; los hombres no saben nada, pero Dios lo sabe todo, Alá-Kerim, ¡Dios es grande! é inclinó la cabeza sonriendo. Líbrame Dios, le dije, de abusar de la hospitalidad de vdes., y de esponerle por satisfacer una vana curiosidad de viagero! Si yo estuviera en la mezquita de El-Sakara, no pediria á Dios el esterminio de ningun pueblo, sino la ilustracion y la felicidad de todos los hijos de Alá. Dicho esto nos levantamos; llevónos por un corredor á una ventana de su serrallo, que daba vistas sobre los patios exteriores de la mezquita. No pudimos abarcar su conjunto tan bien desde aquel sitio como desde lo alto del monte de los Olivos; no vimos mas que las paredes de la cúpula, algunos pórticos morunos de la mas elegante arquitectura, y la cima de los cipreses que crecen en los jardines interiores. Despedíme del gobernador, anunciándole que mi proyecto era pasar ocho ó diez dias, acampado en las cercanías de la ciudad, y partir al dia siguiente para ir al mar Muerto, al Jordan, á Jericó, y hasta al pié de las montañas de la Arabia Petrea; que volveria á entrar varias veces en el recinto de Jerusalem, y que solo tenia que pedirle el número de ginetes suficiente para

nuestra seguridad en las diferentes escursiones que nos proponiamos hacer por Judea. Salimos de Jerusalem por la misma puerta de Belen, junto à la cual estaban levantadas nuestras tiendas aquel dia, y acabamos de visitar, por la tarde, todos los sitios notables ó consagrados al rededor de los muros de la ciudad.

La misma fecha.

Pasamos la tarde recorriendo las cuevas que se estienden al sud de Jerusalem, entre la sepultura de David y el valle de Josafat: estas cuevas son el único lado de la ciudad que presenta la apariencia de un poco de vegetacion. Al ponerse el sol, me siento en frente del collado de los Olivos, à cuatrocientos ó quinientos pasos encima de la fuente de Siloe, poco mas ó menos donde estaban los jardines de David: Josafat está á mis pies, las altas paredes de los terrados del templo están un poco encima de mí á mi izquierda: veo las cimas de los hermosos cipreses que alzan sus copas piramidales por cima de los pórticos de la mezquita El-Aksa, y las cúpulas de los naranjos que cubren la hermosa fuente del templo llamada la Fuente del Naranja.

Esta fuente me recuerda una de las mas delicio-

sas tradiciones orientales inventadas, trasmitidas ó conservadas por los árabes:—veamos como cuentan que eligió Salomon el lugar de la mezquita:

“Jerusalen era un campo labrado: dos hermanos poseian la parte de terreno donde se alza ahora el templo; uno de aquellos hermanos era casado y tenia muchos hijos; el otro vivia solo: cultivaban juntos la tierra que habian heredado de su madre, y llegado que hubo la época de la siega, los dos hermanos ataron sus gavillas é hicieron con ellas dos montones iguales que dejaron en la era. Por la noche, el hermano soltero tuvo un buen pensamiento, y se dijo à sí mismo:—Mi hermano tiene muger é hijos que mantener, no es justo que mi porcion sea tan crecida como la suya; ea, cojamos en mi monton algunas gavillas que añadiré en secreto á las suyas; él no lo conocerá y no podrá rehusarlas. Y lo hizo como lo habia pensado. La misma noche, el otro hermano se despertó y dijo á su muger:—Mi hermano es mozo, vive solo y sin compañera, no tiene quien le asista en su trabajo y le consuele en sus afanes, y no es justo que tomemos del campo comun tantas gavillas como él, levantémonos y llevemos secretamente á su monton cierto número de gavillas; él no lo conocerá mañana y así no podrá rehusarlas. Y lo hicieron como lo habian pensado. Al dia siguiente, ambos hermanos acudieron á la era y quedaron muy sor-

prendidos de ver que los dos montones eran siempre iguales; ni uno ni otro podia explicarse interiormente aquel prodigio; lo mismo hicieron muchas noches seguidas, pero como cada cual llevaba al monton de su hermano el mismo número de gavillas, los montones eran siempre iguales, hasta que una noche, habiéndose puesto ambos en acecho para averiguar la causa de aquel milagro, se encontraron llevando uno y otro las gavillas que mutuamente se destinaban.

“Ahora bien, el lugar en que un pensamiento tan bueno se les ocurrió al mismo tiempo y con tanta perseverancia á dos hombres, debia ser un sitio agradable á Dios, y los hombres le bendijeron y le eligieron para edificar en él la casa del Señor.”

¡Qué encantadora tradicion! ¡cómo respira la candorosa bondad de las costumbres patriarcales! ¡cuán sencilla, antigua y natural es la inspiración de consagrar á Dios un sitio donde la virtud ha germinado sobre la tierra! Centenares de leyendas de esta naturaleza he oido entre los árabes: en todas las partes de este Oriente se respira el aire de la Biblia.

El aspecto del valle de Josafat es conforme al destino que le asignan las ideas cristianas. Se parece á una vasta sepultura, demasiado estrecha sin embargo para las olas del linage humano que

en ella deben acumularse. Dominado por todos lados por monumentos fúnebres: encajonado en su estremidad meridional en el peñasco de Siloé, todo acribillado de hoyas sepulcrales como una columna de la muerte, tiene de trecho en trecho por columnas tumulares las sepulturas de Josafat y la de Absalon, labradas piramidalmente en la peña viva, y sombreadas á un lado por las negras colinas del monte de las Ofensas, al otro por las paredes del templo derruido:—aquel fué un sitio naturalmente impregnado de un santo horror, destinado desde temprano á ser las gemonias de una gran ciudad, y donde la imaginacion de los profetas debió colocar sin esfuerzo las escenas de muerte, de resurreccion y de juicio. Generalmente nos figuramos el valle de Josafat como un vasto encajonamiento de montañas donde el Cedron, ancho y negro torrente de lúgubres aguas, gira con lamentables murmullos; donde anchas gargantas, abiertas sobre los cuatro vientos, se ensanchan para dejar pasar los cuatro torrentes de los muertos que vendrán del oriente y del occidente, del septentrion y del mediodia; donde las inmensas gradas de las colinas se dilatan en anfiteatro para dar cabida á los innumerables hijos de Adan, acudiendo á asistir, cada uno por su parte, al desenlace final del gran drama de la humanidad:—nada de esto es esacto. El valle de Josafat no es mas que un foso natural abierto entre dos collados de unos

cien pies de elevacion, uno de los cuales sostiene á Jerusalem y otro la cima del monte de los Olivos; las murallas de Jerusalem, desmoronándose, llenarian la mayor parte de él; ningun desfiladero tiene en él su embocadura; el Cedron, que sale de la tierra á algunos pasos encima del valle, no es mas que un torrente formado en invierno por las lluvias que chorrean de algunos prados de olivos, debajo de las sepulturas de los reyes, y le cruza un puente en mitad del valle, en frente de una de las puertas de Jerusalem; tiene algunos pasos de anchura, y el valle, en aquel punto, no es mas ancho que su rio. Aquel rio, sin agua, traza solamente un rápido cauce de guijarros blancos, en el fondo de aquella hondonada: el valle de Josafat, en una palabra, se parece en un todo, á uno de esos fosos abiertos al pié de las altas fortificaciones de una gran poblacion, adonde el basurero de la ciudad arrastra en invierno sus inmundicias, donde algunos pobres vecinos de los arrabales disputan un rincon de tierra á las fortificaciones para cultivar algunas verduras, y donde las cabras y los burros abandonados van á pastar, en las pendientes escarpadas, la yerba marchita por la basura y el polvo. Supongamos el suelo sembrado de losas sepulcrales pertenecientes á todos los cultos del mundo y tendremos á la vista el valle del Juicio.

free

Hé aquí la fuente de Siloé, el único manantial del valle; el manantial inspirador de los reyes y de los profetas; no sé como á tantos viajeros les ha sido difícil describirla, y como pueden disputar todavía sobre el lugar que ocupaba. Aquí está toda llena de agua límpida y sabrosa, derramando su frescura en este aire abrasado y polvoroso del valle labrada al cabo de veinte escalones en la peña cuya cima sostenia el palacio de David, con su bóveda de grandes piedras, alisadas por los siglos, y entapizadas en sus juntas de húmedos musgos y eterna yedra. Las gradas de sus escaleras, desgastadas por el pié de las mugeres que acuden de la aldea de Siloé á llenar en ella sus cántaros, están relucientes como mármol. — Bajo á ella; me siento un momento en sus frescas losas; escucho para conservarle en la memoria, el leve rumor del manantial; lavo mis manos y mi frente en sus aguas; repito los versos de Milton para invocar, á mi vez, sus inspiraciones hace tanto tiempo mudas — este es el único sitio de las cercanías de Jerusalem donde el viajero halla agua para apagar su sed, y alguna verdura en que reclinar su frente. Algunos pequeños huertos, plantados de granados

y arbustos por los árabes de Siloé, estienden en derredor de la fuente un ramillete de verdura pálida, que aquella riega con lo sobrante de sus aguas. Allí acaba el valle de Josafat. Mas abajo, una pequeña llanura en suave declive dilata las miradas hasta las anchas y profundas gargantas de las montañas volcánicas de Jericó y de San-Saba, y el mar Muerto limita el horizonte.

Orillas del Jordan, mas allá de la llanura de Jericó, á algunas leguas del desembocadero del rio en el mar Muerto.

Salí de Jerusalem ayer, 30 de Octubre, à las siete de la mañana, con toda mi caravana, —seis soldados de Ibrahim-Bajá, el sobrino de Abugosh y cuatro ginetes de este caudillo, à mas de ocho ginetes árabes de Naplusa, enviados por el gobernador de Jerusalem. Hemos dado la vuelta à la ciudad, bajado al fondo del valle de Josafat, subido al monte de los Olivos, dejado à la derecha el *Mons offensionis*, atravesando, en su estremidad meridional, la cordillera que forma la continuacion de los montes de los Olivos, y luego que llegamos à la aldea de Betulia, poblada todavía por algunas familias árabes, reconocemos en ella los restos de un monumento cristiano. En el pueblo hay un buen manantial. Un árabe saca agua por espacio de una

hora para abreviar nuestros caballos y llenar nuestras jarras suspendidas de las sillas de nuestros mulos:—ya no se encuentra agua hasta Jericó, diez ó doce horas de marcha.

Salimos de Betulia à las cuatro de la tarde. — Bajada de dos horas por un camino ancho y de pendientes dispuestas artificialmente, labradas en las laderas perpendiculares de las montañas que se suceden sin interrupcion:—este es el único rastro de un camino que he visto en Oriente:—era el camino de Jericó y de las fértiles llanuras regadas por el Jordan: conducia à las posesiones de las tribus de Israel, à quienes habia tocado en heredamiento toda la corriente de este rio y la llanura de Tiberiades hasta las cercanías de Tiro y el pié del Líbano: conducia à Arabia, à Mesopotamia, y por allí à la Persia y las Indias, países con los cuales Salomon habia establecido sus grandes relaciones mercantiles. El fué, sin duda, quien creó este camino. Por estos valles fué tambien por donde pasó el pueblo judío, por primera vez, cuando bajó de la Arabia Petrea; atravesó el Jordan, y fué à apoderarse de su herencia. En saliendo de Betulia, ya no se encuentran ni casas, ni cultivo; las montañas están completamente despojadas de vegetacion: todas son rocas ó polvo de rocas que el viento sacude à su arbitrio; un matiz de ceniza negruzca cubre, como una fúnebre mortaja, toda aquella tierra. De trecho en trecho las montañas

se tajan en gargantas angostas y profundas,—abis-  
mos á que ningun sendero conduce, donde el ojo  
no ve mas que la eterna repeticion de las mismas  
escenas que le rodean. Casi todas estas montañas  
tienen la apariencia volcánica; las piedras arrastra-  
das sobre sus laderas ó sobre el camino, por las  
aguas de invierno, parecen pedazos de lava endure-  
cida y rajada por los siglos: hasta se ve aquí y allí,  
en las lontananzas, sobre algunos grupos de coli-  
nas, aquella ligera tinta amarillenta y sulfurosa  
que se distingue sobre el Vesuvio ó sobre el Etna.  
Es imposible resistir mucho tiempo á la impre-  
sion de tristeza y de horror que inspira aquel pai-  
sage: es una opresion del pecho y una aficcion de  
los ojos.

Cuando está uno en la cima de una de las mon-  
tañas, y se abre un instante el horizonte á la mi-  
rada, no se ven, en cuanto alcanza la vista, mas  
que cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó trunca-  
das, amontonadas unas sobre otras y desprendién-  
dose del crudo azul del firmamento; es un laberin-  
to sin límites, de calles, de montañas de todas for-  
mas, desgarradas, hendidas en gigantescos pedazos,  
añadidas unas á otras por cordilleras de collados  
semejantes, con barrancos sin fondo, donde se es-  
pera oír á lo ménos el estruendo de un torrente,  
pero donde nada se mueve; sin que se pueda descu-  
brir un árbol, una yerba, una flor, un muzgo; rui-  
nas de un mundo calcinado, ebullicion de una tier-

ra ardiendo, cuyos hervores petrificados han for-  
mado estas olas de tierra y de piedra. A las seis  
encontramos, en el fondo de un barranco, las ta-  
pias de un mercado arruinado y un manantial pro-  
tegido por una pequeña pared adornada con sen-  
tencias del Corán. El manantial no vierte mas  
que gota á gota su lluvia en el pilon de piedra;  
en vano nuestros árabes arriman á él sus labios;  
hacemos descansar un momento á nuestros caba-  
llos á la sombra del mercado; hemos bajado tanto  
tiempo, que nos creemos al nivel de la llanura de  
Jericó y del mar Muerto; nos ponemos de nuev  
en camino, rendidos ya del calor y del cansancio  
del dia; nuestros ginetes árabes nos lisongean con  
la esperanza de que en pocas horas estaremos en  
Jericó; sin embargo el sol declina por minutos, y  
el crepúsculo añade su horror al de las gargantas  
en que nos hallamos. Al cabo de una hora de mar-  
cha por el fondo de este valle, todavía nos halla-  
mos en las escarpadas laderas de una nueva cor-  
dillera que nos parece por fin la última antes de la  
bajada á la llanura de Jericó; la noche nos oculta  
enteramente el horizonte; solo tenemos bastante  
luz para distinguir á nuestros piés los precipicios  
sin fondo adonde nos haria despeñarnos el menor  
resbalon de nuestros caballos; nuestras cántaras  
están apuradas; uno de los samaritanos dice á nues-  
tro dragoman que conoce una fuente en las cerca-  
nías; nos decidimos á hacer alto donde estamos, si

en efecto puede hallarse un poco de agua; al cabo de media hora de espera, vuelve el samaritano diciendo que no ha podido encontrar la fuente; nos faltan cuatro horas de camino; colocamos á los árabes de Naplusa al frente de la caravana; cada ginete tiene orden de seguir paso á paso al que le precede, sin perder sus huellas; el mas profundo silencio reina en toda la compañía; la noche es tan oscura que no podemos divisar la cabeza de nuestros caballos; cada cual sigue á su delantero por el ruido de las pisadas; á cada instante la caravana entera se para porque los primeros ginetes sondan el sendero por miedo de precipitarnos en el abismo; todos nos apeamos para mayor seguridad; veinte veces tenemos que pararnos á los gritos que salen de la cabeza ó de la cola de la caravana;—ya rueda un caballo; ya se cae un hombre; muchas veces estamos á punto de pararnos enteramente y de aguardar, inmóviles en donde nos hallamos, á que pase aquella larga y profunda noche; pero la cabeza anda, y es preciso andar; al cabo de tres horas de semejante angustia oímos gran gritería y tiros á la cabeza de la caravana: creemos que nos atacan los árabes de Jericó; todos nos preparamos á hacer fuego á bulto; pero de boca en boca sabemos que todo se reduce á que los naplusianos gritan de alegría y disparan sus escopetas porque hemos salido del mal paso; sentimos en efecto allanarse un poco el camino bajo nuestros piés; vuelvo

á montar á caballo; mi potro árabe, olfateando el agua en las cercanías, se alborota, y en la lucha se precipita conmigo en un barranco; nadie lo echa de ver, tal es la oscuridad; no suelto la brida, y afirmándome en la silla, abandono al bruto á su instinto, sin saber si estoy sobre una cornisa, ó en el fondo de un barranco abierto en el llano; lánzase á galope y no se para hasta llegar á las orillas de un arroyo ancho, poco profundo y rodeado de arbustos espinosos; miéntras bebe, oigo á mi izquierda los gritos y los pistoletazos de los árabes, que acaban de notar mi desaparicion y me buscan por el llano; veo brillar una hoguera por entre los arbustos, lanzo mi caballo en aquella direccion, y á los pocos minutos me hallo á la puerta de mi tienda, plantada á la márgen de aquel mismo arroyo:—Eran las doce de la noche: comimos un pedazo de pan empapado en el agua y nos dormimos sin saber donde estábamos, y no comprendiendo por qué prodigio habíamos pasado de repente de aquella soledad sin sombra y sin agua, á las orillas de un arroyo que, á la luz de nuestras hachas y de la hoguera de los árabes, nos aparecia como un arroyo de los Alpes, con su cortina de sauces y sus ramilletes de juncos y berros.

Si el Tasso hubiera tenido, como quiere M. Chateaubriand, la inspiracion de los sitios al escribir la *Jerusalen Lihertada*, (y confieso que, aunque muy

admirador del Taso, no es este el punto en que yo le elogiaria, porque es imposible haber comprendido ménos los sitios y faltado mas á la verdad de las costumbres,—pero ¿qué importan los sitios y las costumbres?—La poesía no está ahí, está en el corazon;) si hubiera tenido esa inspiracion, sin duda hubiera hecho llegar á la orilla de este arroyo á Herminia huyendo en su corcel abandonado á su ímpetu, y encontrar á aquel pastor, arcadio, y no árabe, de quien nos hace una descripcion tan hechicera.

Despertámonos, como ella, á los trinos de mil pajarillos volando por las ramas de los árboles, y al murmullo del agua, en su cauce de chinitas; salimos de las tiendas para reconocer el sitio adonde nos habia echado la noche. Las montañas de Judea, que cruzamos la víspera, quedaban al oriente á cosa de una legua de nuestro campamento; su cordillera, siempre estéril y dentada, se extendia hasta perderse de vista al Mediodia y al norte, y de distancia en distancia veiamos vastos desfiladeros que desembocaban en la llanura, y de donde salian bocanadas de vapores nocturnos como anchos rios, y se derramaban en sábanas de nieblas sobre las ondulosas arenas de las márgenes del lago Asfaltito. Al Occidente, un ancho desierto de arena nos separaba de las orillas del Jordan, que no podiamos discernir,—del mar Muerto y de las azules montañas de la Arabia Petrea. Aquellas mon-

tañas, vistas á aquella hora y á aquella distancia, nos parecian, por el juego de las sombras en sus grupas y en sus valles, cubiertas de inmensos bosques; los barrancos blanquecinos que las surcan, imitaban, á punto de equivocarse, la caída y el brillo de las aguas de una cascada; pero todo era ilusion; cuando me acerqué, reconocí que solo presentaban, en grande, el mismo aspecto estéril y pelado de las montañas de la Judea. Al rededor nuestro, todo aparecia risueño y fresco, aunque inculto; el agua lo anima todo, hasta el desierto; y los ligeros arbustos que se veian derramados, como bosquecillos artificiales, en grupos de dos ó tres en sus orillas, nos recordaban los mas dulces sitios de la patria. Montamos á caballo; no debiamos estar mas que á una hora de Jericó, pero no veiamos ni tapias, ni humo en el llano; y no sabiamos adonde dirigirnos, cuando unos treinta ginetes beduinos, montados en soberbios caballos, desembocaron entre dos collados de arena y se acercaron á nosotros caracoleando:—eran el jeque y los principales vecinos de Jericó que, noticiosos de nuestra llegada por un árabe del gobernador de Jerusalem, nos buscaban en el desierto para reunirse á nuestra escolta. No conociamos á los árabes del desierto de Jericó mas que por la fama de feroces y ladrones que tienen en toda la Siria, y en el primer momento, estábamos muy dudosos de si venian á nosotros como amigos ó como ene-

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos dias que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos dias de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

## JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-